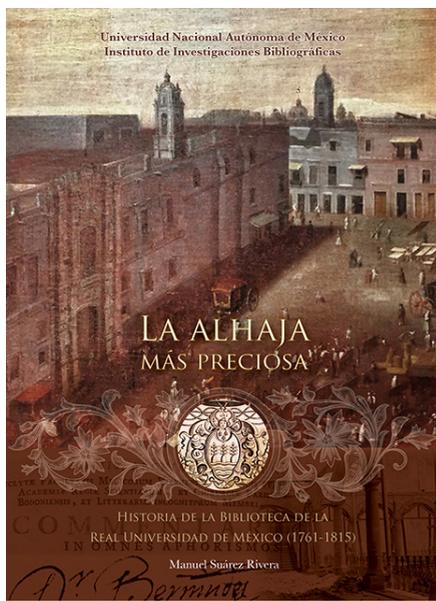


Manuel SUÁREZ RIVERA, *La alhaja más preciosa. Historia de la biblioteca de la Real Universidad de México (1761-1815)*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2022, 777 págs.

Desde una época temprana de la colonización española de América, al virreinato de la Nueva España arribaron libros junto con oficiales reales, frailes, mercaderes, monjas, clérigos, conquistadores, juristas, médicos, aventureros, y también mujeres y hombres con fama de santidad o carentes de ella. Libros de diferentes formatos y contenidos llegaron, unas veces en los equipajes de ese variopinto grupo social y otras en cajones en condición de mercaderías, procedentes de los principales centros editoriales europeos. Desde mediados del siglo XVIII, la posición de la Nueva España como el principal mercado del libro en la América española se vio reforzada debido

a las reformas borbónicas. Durante los reinados de Carlos III y Carlos IV se fomentó la instrucción y el conocimiento práctico. Para lograr ese fin implementaron diversas normas destinadas a favorecer la industria tipográfica española, el establecimiento de centros de enseñanza y academias científico-literarias, y el rediseño de los planes de estudios en universidades y seminarios.

En este contexto de fomento de las letras y las ciencias debe situarse la creación de bibliotecas institucionales. El establecimiento de la biblioteca de la Real Universidad de la ciudad de México es un símbolo de los tiempos y de la vitalidad de la vida intelectual en el virreinato de la Nueva España. Por eso, cuando en un escrito del doctor Matías Monteagudo, fechado el 23 de diciembre de 1808 y dirigido al pleno de la Universidad para defender del pago del salario de uno de los empleados de su biblioteca, calificó a esta como «la alhaja más preciosa de la universidad y [la que] hace parte más valiosa de su hacienda», no hacía sino destacar el mucho valor y estima que él tenía por los acervos librescos, y la necesidad de velar por su funcionamiento, consideraciones con



seguridad compartidas por otros miembros del claustro. Este extenso libro de Manuel Suárez Rivera sobre la historia de la biblioteca de la Real Universidad de México reconstruye las fortunas y adversidades de dicha institución entre 1761, año de su creación, y 1815, cuando en pleno contexto de la guerra de la independencia, su vida institucional se vio interrumpida por orden del virrey Francisco Xavier Venegas quien convirtió el local de la universidad en alojamiento militar.

Suárez Rivera estudia en detalle —sustentado en un amplio corpus documental y bibliográfico—, diversos aspectos de la fascinante historia de la biblioteca universitaria, tales como su origen, espacio, donantes, políticas de adquisiciones y composición del acervo. La obra se compone de tres partes. La primera se dedica al estudio de la historia institucional de la biblioteca (págs. 13-245). La segunda consiste de la transcripción de las actas de los claustros plenos de hacienda de la Real Universidad entre 1761 y 1815, específicamente relacionadas con el funcionamiento de la biblioteca (págs. 249-360). La tercera parte es un exhaustivo registro bibliográfico de 1753 entradas de títulos de libros que pertenecieron a la biblioteca universitaria y que en la actualidad forman parte del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

Quiero destacar tres aspectos en el presente libro. El primero es el tratamiento temático. Reconstruir las historias de las universidades del periodo colonial no es tarea fácil muchas veces por la escasez de fuentes documentales o por la falta de entendimiento del importante rol que jugaron en la vida social y política de los dominios españoles en América. El trabajo de Suárez Rivera es, de lejos, el más completo y mejor documentado, de una biblioteca universitaria; y, al mismo tiempo, un singular esfuerzo por entender la función social de los libros en el medio académico. De modo similar que la Universidad en ciudad de México, la Universidad de San Marcos, en Lima, contó con una biblioteca recién en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero a diferencia de la biblioteca mexicana, su similar limeña se constituyó principalmente a partir de los fondos provenientes de los colegios, seminarios, casas profesas y noviciados que habían pertenecido a la Compañía de Jesús. No hay manera de conocer la historia de la biblioteca limeña porque no se conserva documentación alguna. Tengo la impresión que nunca llegó a funcionar, lo que permitiría explicar por qué fue expropiada en 1821 por el gobierno del general José de San Martín para la creación de la Biblioteca Nacional.

Un segundo aspecto digno de resaltar es la manera como un proyecto cultural se puede convertir en campo de batalla. El proyecto de instaurar una biblioteca en la universidad novohispana se remonta a 1726. Pero no fue sino hasta mediados de esa centuria, durante el rectorado de Manuel Ignacio Beye

Cisneros que se realizaron las obras para la instalación de los libros. El propio Beye de Cisneros redactó en 1761 unas *Constituciones* para el funcionamiento de la biblioteca, las cuales recibieron la aprobación real. La conveniencia o no de tener una biblioteca fue el origen de más de una disputa entre los miembros del claustro. En la sesión del 20 de julio de 1778 se dejó constancia que desde tiempo atrás «se promueven muchos puntos pertenecientes a la biblioteca; sobre los que se han suscitado en los claustros, reñidas, indecorosas y poco decentes contestaciones, sin haberse podido resolver cosa alguna sobre ellos» (pág. 269). Las pasiones políticas y los pequeños intereses personales estaban detrás de tales controversias. A pesar de todo ello, la biblioteca en 1786 funcionaba como tal.

El valor de los libros como documento histórico es el tercer aspecto que quiero destacar. Los libros identificados por Rivera Suárez que pertenecieron a la biblioteca de la Universidad contienen abundantes anotaciones manuscritas acerca de sus propietarios, las circunstancias de su adquisición, y los destinos personales e institucionales. No menos interesantes son los registros de los «expurgos» o enmiendas de algunos libros de acuerdo con los índices de libros prohibidos publicados por la Inquisición. Tales características no son exclusivas de la Nueva España, ya que se pueden encontrar en los libros que circularon en el virreinato peruano. Vistas en conjunto, las anotaciones ilustran, siguiendo a Robert Darnton, las biografías de los libros.

La lectura del libro de Suárez Rivera plantea varias interrogantes. ¿Por qué calificar a la biblioteca universitaria de «pública»? ¿Cuál fue su función social? ¿De qué manera el estudio de la diáspora de los libros de la biblioteca a mediados del siglo XIX permite un mejor conocimiento de su historia en tiempos coloniales?

*La alhaja más preciosa. Historia de la biblioteca de la Real Universidad de México (1761-1815)* constituye, sin lugar a dudas, una notable contribución al estudio de la cultura libresca novohispana, al tiempo que abre nuevas perspectivas de estudio sobre la historia del libro en la América española, en general, y la Nueva España, en particular. Su lectura y consulta es de rigor para los interesados por la cultura libresca en el contexto del reformismo borbónico.

PEDRO M. GUIBOVICH PÉREZ